

del agresor y pronunciar un veredicto que moviera a todos los hombres y a los propios ciudadanos del pueblo agresor a condenar a sus gobernantes y hacerles desistir de su actitud. Poner fin a los lamentos de las víctimas. Era ésa nuestra sola intención.

enviamos mensajes a todos los notables, y como no ignoraban esta barbarie, presurosos se aprestaron para asistir al juicio de aquel gobernante que condujo a su pueblo a cometer tales crímenes en un pueblo hermano. Acordamos la fecha y el lugar de reunión: ningún lugar mejor pensado que la capital del mundo, de donde partiría a todos los rincones pronta información sobre nuestras deliberaciones. Y llegada la fecha, los notables fuimos a la metrópoli. Aquellos que ya sabían y los que por primera vez llegaban, se extasiaron ante sus magnas construcciones y maravillosos adelantos; ¡estábamos orgullosos de pertenecer a un mundo capaz de tales prodigios! Dispuestos a iniciar las deliberaciones, recibimos un mensaje de los principales de la ciudad. Fue nuestra primera reacción de azoro e incredulidad. Se nos hacía saber que no podríamos celebrar en sus recintos el juicio que intentábamos, por la tranquilidad y el bienestar de sus mismos moradores. Ellos lo querían así, y era ése su justo derecho. Nos marchamos.

pensamos en una ciudad famosa por sus bondades y fuimos a ella. Y lo mismo sucedió: tuvimos que emigrar; y también tuvimos que emigrar de la cuna de los genios, donde no querían saber de nuestro juicio. Volvimos a emigrar y paramos en Saude —tierra de la paz, en nuestro idioma— y donde cada ciudadano antepone a su nombre esta palabra propia de la paz. Así han vivido y así la tributan . . . Y no pudimos celebrar allí el impaciente juicio. Marchamos por fin a la tierra de los áureos, gente amante de respetar en propios y extraños los derechos que divinizaron nuestros ancestros. Mas no fue sorpresa cuando nos echaron . . . Consentimos sus razones: “por el bien y tranquilidad de nuestra gente.” Era ése su justo derecho. Seguimos errando.

y ahora que se lo cuento venimos de lejanos planetas y hemos arribado al vuestro sin dar fin a esta misión: encontrar un lugar para celebrar el juicio de que os hablo. Mas hemos recorrido ya tantos lugares, sin éxito, que algunos de nosotros los notables, los más viejos y cansados casi perdimos la esperanza de encontrarlo. Pero tanto hemos errado juntos —unos somos ya viejos, otros, han muerto— que aún sin decirlo, ya hemos pronunciado una sentencia. Es ése nuestro derecho.

---

## *El deseo*

Jesús Monjaraz Ruiz / Escuela Preparatoria

De cara al cielo contemplando las estrellas y viendo caer algunas, como habían caído radiantes y encendidas sus antiguas ilusiones, pensaba en lo extraño de la vida. Sin saber exactamente qué, buscaba en su memoria algo que, sin conocerlo, sabía le proporcionaría la llave de la puerta que habría de conducirlo al logro de sus afanes.

Habiendo estado apartado de su suelo, de su amor y su cielo por extraños designios, sentía ahora con todo su peso una gran nostalgia grávida de ex-

trañas e intensas emociones. Eran dolor y ausencia. Dolor de ver y no sentir la hermosura de la vida por ausencia de amor. Cierto que la senda, a pesar de su aridez y llanto, había sido y seguía siendo bella; pero más cierta era la necesidad de volver a ver pronto aquellos ojos y sentir en torno a sí sus amantes brazos.

Aún recordaba con íntimo regocijo su primer y casual encuentro. Había sido un día de trabajo tan gris como cualquier otro. El ser vendedor de una gran tienda no presentaba interés alguno, sino más bien represiones y continuos rebajamientos. Estaba harto y cansado de sus limitados horizontes. Al salir del trabajo caminó, según costumbre, por Reforma. El cine le pareció tan bueno como otro medio cualquiera de encontrar una momentánea fuga. Soñar un poco. Se dirigió a la taquilla y sin querer se tropezó con alguien, una bonita muchacha que en lugar de reñirle le sonreía.

Con desesperación trataba ese informe pensamiento de abrirse paso entre el torbellino de su mente. Sentía con creciente seguridad que en ese oscuro algo, estaba el camino, se esforzaba y deseaba de todo corazón hallarlo para terminar así con aquel doloroso desasosiego. Pensaba, se esforzaba, rebuscaba: impotencia y dolor. Creía tener el hilo, se perdía; volvía a buscar y se sentía agotado. La cabeza le estallaba y el corazón le reventaba.

El desarrollo de las cosas nunca hubiera sido mejor; fórmulas de cortesía excusando la torpeza. Una sonrisa. Futuras esperanzas y citas.

Todo perdía significación y por momentos le parecía absurdo su afán de viajar e ir en pos de lo que pensaba le daría la seguridad de poder hacer realidad su sueño. Poseer por siempre aquel ser.

Después de su entrega, y tras hermosas tardes de desenfreno, llegó el deseo de superación. Leyó ese anuncio en donde se solicitaba un agente vendedor que pudiera viajar. No lo pensó dos veces. Despedida triste, pero necesaria. Unos meses de duro trabajo y buena suerte para llegar a la meta.

Recordaba que había habido algunos otros momentos en que llegó a sentir ese deseo de superación; algunas veces cuando salía del trabajo, al pasar, casualmente, por alguna escuela se detenía frente a ésta alimentando grandes esperanzas que desgraciadamente nunca se cumplían. Ya que si llegaba a inscribirse en alguna de las escuelas al poco tiempo la abandonaba; se le hacía tan difícil tener que asistir a clases y además estudiar. Algunas otras veces sentía unos deseos irresistibles de leer, hasta terminar con todos los libros del mundo; pero iniciar la lectura de cualquiera le obligaba la mayor parte del tiempo, a contar las páginas que le faltaban y al fin, desesperado, abrumado por tantas hojas, lo dejaba. La facilidad en conseguir a la mujer con la cual tropezara inició en él de una manera real lo que ni libros ni escuelas habrían logrado; sacarlo de su continuo soñar y decidirle a actuar en una forma efectiva, quizá no la mejor, ni la más apropiada, pero de cualquier manera representaba ya un adelanto. Nunca se imaginó, a pesar de no ser su primera experiencia, que el sexo tuviera una atracción tan grande al grado de hacer que su vida y sus cosas, todo él, giraran en derredor de ese tirano. Se afianzaba a su pasión como un naufrago a una tabla semicarcomida pero única en medio del océano.

Cuando la jornada concluía y con afán buscaba consuelo en el sueño, precisamente en las noches en que arrastrando el cansado cuerpo peregrinante llegaba al descanso, sentía con recrudescida viveza, por momentos, ese afán de botar al diablo todo, y poder así por un instante contemplar aquellos ojos que le recordaban las estrellas.

La noche era excepcionalmente hermosa, las nubes ocultaban con suave esbozo la luna y las constelaciones. Todo respiraba amor, olía a frescor. Las flores, la tierra y el aire mismo parecían traer en su infinito esplendor un hálito que indujera a pensar en el amor; secreta e impalpablemente en su amor.

Había empezado su viaje con los mejores deseos; a pesar de tribulaciones

y esfuerzos todo le parecía pequeño al pensar en la recompensa. Incluso la descompostura mecánica del momento le ofrecía una noche magnífica.

Cómo la había recordado, cómo había deseado que sus palabras se hermanaran con el viento para que en algún instante llegara a ella su mensaje de añoranza y dolor y de algún modo sintiera su presencia. De qué forma sentía llegar su aliento en el perfume de las flores y cómo excitaban su mente las sombras de las hojas al hacerle recordar su suave talle y delicadas formas.

Abandonándose a un sueño cargado de presagios extraños y de oscura significación, despertó, sobresaltado. Lo tenía. Por fin había encontrado aquel recuerdo que como puerta abierta se ofrecía a su loco afán de llegar precisamente en ese momento a ella. Si cuento o leyenda, qué importaba. Que era infantil, lo comprendía. Como único camino nada había de perderse con ensayarlo.

Recordó que siendo niño alguna vez había oído que cuando uno tenía la dicha de ver caer una estrella, ésta no sólo podía traernos tristes recuerdos, sino que además, si se deseaba con fuerza, amor e insistencia, habría de concedernos un deseo. Sabía y sentía lo absurdo de su afán, pero más loco era el deseo. Poder volver a estar con ella como aquella primera vez en que, locura y juventud, vivieron su amor en aquel inolvidable parque.

Buscó con desesperación una estrella, su estrella. El cielo divertido por tal afán y extraño deseo, le mandó pronto la estrella; precisamente la que había de realizar sus más apremiantes anhelos. Llevando en sí el desplome de mil mundos cruzó los espacios majestuosa y bella.

Verla y cerrar los ojos, los oídos y todos los sentidos a lo que le rodeaba fue uno. Se concentró con dolorosa insistencia, recordó uno a uno todos los momentos bellos pasados a su lado, sus delicadas manos, su sereno y señorial semblante, sus hermosas formas, su alegre caminar y su sonrisa.

Quizá pasaron cien años, tal vez fue sólo un momento, de cualquier forma nunca sintió tanto extraviar la noción del tiempo. ¿Qué importaba el tiempo? De alguna extraña manera, por la fuerza de su propio deseo y con la ayuda de su estrella, se vio, al abrir los ojos, en un lugar distante y no del todo desconocido: luz mercurial y altas enramadas.

Era el jardín donde solía pasear con ella, donde tantos buenos momentos habían pasado juntos, donde, cómo olvidarlo, se juraron amor y se besaron. Sintió gozo, un gran placer, ni pretendía ni quería explicarse el porqué.

Lentamente recordó su viaje, su nostalgia, su loco afán, el extraño sueño y su deseo; tuvo conciencia de sí y dejando para después pensamientos y explicaciones buscó con ansiedad el objeto de su pena.

Mejor que descubrirla hubiera sido morir. El mundo todo caía: tierra, cielo y estrellas formaban un espantoso caos que al girar le atraía. Sintió que se hundía. Trató de huir y no pudo. Quiso gritar y se ahogaron las voces en su pecho. Cerrando los ojos intentó apartar de sí aquella demoníaca visión. Sí, ahí estaba ella, mas no exactamente la que buscaba. Ciertamente los rasgos eran los mismos, pero, ¿aquella expresión desfigurada?

No, no estaba muerta y ojalá lo estuviera. Su desmadejamiento causaba el éxtasis que le producían los besos y caricias de alguien que no era él. Un ser extraño de algún incomprensible modo ocupaba su lugar.

El odio, los deseos nunca sentidos de matar, de ahogar a alguien con sus manos, la desesperación de saberse burlado y las cenizas de su amor calcinado, se juntaban y formaban una sola e inmensa bola de fuego que nublaba su vista y golpeaba el pensamiento. Lo hacía llorar y reír, si bien él había tardado, ella prometió ser fuerte y esperar.

No supo más, se sintió flotar de nuevo sin haberlo esta vez deseado. Contempló la tierra muy abajo y muy cerca de las estrellas, sintió con más fuerza el torbellino que formaban tantos anhelos perdidos, tantos sentimientos encontrados, sintió el impulso de abandonarse, no tenía ningún

fondo que lo sustentara, queriendo olvidar para siempre sus anhelos, sus sueños, su estrella y su deseo. Emasculación y ruina. Dejándose arrastrar se perdió en la nada.

Se supo, algún tiempo después, que un carro había sido encontrado abandonado en una lejana carretera, aunque se pensó en un robo, la idea fue desechada ya que cantidad de objetos comerciales fueron recogidos junto con él.



dibujo de Jaime Goded

## *la golondrina*

Ignacio Otero / Facultad de Leyes

Era un hombre que salió una mañana de su casa para buscar amor.

Recorrió los castillos protegidos con altas murallas y puentes levadizos. Asistió a fiestas de casaca y de jubón donde corrió el mosto y abundaron carnes frías . . .

Y no lo halló.

Conoció rosas, gladiolas, dalias y claveles.

Llegó hasta el hogar de los intelectuales, habló con los filósofos, bebió vino antiguo con los escritores (y) compartió el pan y el queso de los científicos.

Escuchó a todos.

Lloró en las tardes y huyó después de juntar su pecho con el de ellos . . .

Y no lo halló.

Vivió con los gitanos. Sus barbas crecieron ovalándole la cara.

Se perdió entre las casas de los pescadores. Comió los pescados recién capturados. Escuchó por las noches la guitarra de los lancheros.

Contempló muchas veces el atardecer, cuando el sol caía a lo lejos pintando de rojo las crestas olares.

Mujeres hermosas le enseñaron a coser las redes marinas . . .

Y no lo halló.

Desesperado maldijo a poetas y a dioses.

Los ojos se le hicieron pequeños a causa del llanto.

Una tarde cuando paseaba por la desierta playa, sus ojos cansados distinguieron una golondrina de las muchas que emigraban mar adentro.

La siguió en su vuelo. Sus pies morenos tocaron la espuma y después el agua.

El cuerpo de la golondrina se convirtió en un punto, allá en el firmamento.

El continuó avanzando hasta que el mar lo cubrió.

La golondrina regresó al año siguiente, pero él no estaba.

Los marineros y pescadores, arrojaron en alta mar una corona.

La golondrina que no sabía llorar se refugió en las flores y se fue con la corriente.